Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Noir	Moir	Noir	Moir	Noir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Moir	Noir	Moir	Noir	Moir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Noir	Moir	Noir	Moir	Noir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Moir	Noir	Moir	Noir	Moir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Noir	Moir	Noir	Moir	Noir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Noir	Noir	Moir	Noir	Moir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Noir	Moir	Noir	Moir	Noir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Moir	Noir	Moir	Noir	Moir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Noir	Moir	Noir	Moir	Noir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Moir	Noir	Noir	Noir	Moir
Real	Real	Real	Real	Real	Real
Noir	Noir	Moir	Notr	Moir	Noir

LOS NUDOS INVISIBLES

Amir Valle

LOS NUDOS INVISIBLES



Primera edición: marzo de 2022

- © Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
- © Amir Valle

ISBN: 978-84-123794-6-4

ISBN digital: 978-84-123794-7-1 Depósito legal: M-6389-2022

Real Noir Ediciones C/ Ros de Olano 5 28002 Madrid info@realnoirediciones.com www.realnoirediciones.com

Impreso en España

A Berta, Tony y Lior, como siempre. A mis padres. A Cristo.

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam* a Paco Camarasa y Claude Mesplède, amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

Cuba es siempre una pregunta que contestamos demasiado rápido, no importa desde qué orilla ideológica se grite, si los gritos se limitan a repetir fórmulas y no abarcan ni explican una realidad mucho más compleja y que trasciende toda simplificación.

Al momento de redactar este prólogo para *Los nudos invisibles* del gran novelista cubano Amir Valle, Cuba ha vuelto a ser noticia por los diferentes levantamientos populares, acorralados pueblo y Gobierno en los confines no solo de una isla, sino también de una pandemia mundial que echó el cerrojo al turismo que aportaba pequeños, pero continuos, balones de oxígeno, además de, probablemente, trabajo y negocios sumergidos para buena parte de los mercados de todos los colores y grados de legalidad institucional.

Pero, como decíamos, son muchos años de simplificar Cuba. Tantos, que a veces damos por hecho que esa pegatina de uno u otro color que hemos comprado es la válida y, como los imanes en la nevera de un viaje del que solo nos quedan las fotos, miramos sin ver a diario. Porque está ahí.

Pero Cuba es mucho más. Y desde el punto de vista literario, es fuente para una excelente novela en general y novela negra que no renuncia a la calidad ni se esclaviza de antemano en función de las ventas millonarias que allí no son (y aquí tampoco si lo que escribes no lleva una fórmula ligera, fácil de digerir y que no deje en el lector más huella que la momentánea).

Y la literatura de Amir Valle no es *fast food*. Tampoco abusa de los recursos literarios intelectuales para alambicar una narración de

manera tal que casi no se entienda y quien lee se diga «esto seguro que es bueno» (sobran ejemplos que no daré para no ganarme enemigos, muertos y vivos, ya que aquí no vengo a hablar de otros autores, sino de Valle y su doble vía para narrar Cuba).

La ficción bebe de la realidad y a menudo también se emborracha de ella, tanto que llega a controlarla e imponerle sus reglas; a veces incluso le hace perder a la ficción esa libertad de escoger cómo se cuenta. Algo que no ocurre con ninguno de los libros de la serie de «El descenso a los infiernos», que de alguna manera alcanza su punto culminante con *Los nudos invisibles*.

Cada una de las novelas de la serie se ha basado en hechos y crímenes reales, que el autor ha investigado no tanto como un detective y sí como un historiador social y, sobre todo, como escritor.

Sin pretender trazar las bases de una arquitectura criminal en la Cuba de ayer y de hoy, ha utilizado los diferentes casos de su serie como entradas secretas (y no tanto) a esa realidad criminal peculiar y, al mismo tiempo, general, tan parecida a las de otros países en cuanto a los motores de fondo (ambición, venganza, poder), tan diferente por las peculiaridades locales.

El lema de este sello editorial, «un mundo de novela negra», define el cómo y el por qué nace: no se puede negar la globalización, pero ni siquiera ese juego de imitaciones internacionales logra imponerse a los impulsos nacidos desde abajo, desde cada tierra. Por continentes y regiones, las historias de las naciones se parecen, pero parecido no significa lo mismo.

En «El descenso a los infiernos», Valle indaga sobre la vida actual en Centro Habana, con seis primeras novelas, que le valieron reconocimiento literario en Europa: Las puertas de la noche (2001), Si Cristo te desnuda (2002), Entre el miedo y las sombras (2003), Últimas noticias del infierno (2004), Santuario de sombras (2006) y Largas noches con Flavia (2008).

Le quedaban historias por contar dentro, pero también fuera de la serie. Y lo hizo. Pero tanto él como sus lectores sabíamos que volvería. Y he aquí ese retorno. Los nudos invisibles.

Una de las muchas virtudes de esta novela es la forma de contar diferentes momentos: el actual, de la investigación de la muerte violenta de un anciano y, en paralelo, buena parte de esa vida crecida a la sombra de mafiosos como Meyer Lansky, que en los años 50 desembarcaron en Cuba para hacer de ella el centro de todos sus negocios. La revolución puede haber acabado con la parte visible de esas organizaciones basadas en el crimen, pero no con los usos y costumbres que se fueron adaptando a la nueva realidad.

Leer *Los nudos invisibles* es asomarse a tres mundos, por decirlo de alguna manera: la Miami actual, en la que los inmigrantes cubanos oscilan entre el poder económico de unos y la supervivencia, en ocasiones marginal, de otros, y las dos Cubas que son escenario principal: una actual, con el viejo Edelmiro muerto —ese viejo que vio y sabía tanto—, y otra, geográficamente superpuesta, pero en un tiempo diferente, con la inserción mafiosa en el último tiempo del Gobierno de Batista y el propio Edelmiro iniciándose en esas organizaciones.

Resumiendo mucho: el asesinato —disfrazado de suicidio — de un viejo en La Habana desata una serie de consecuencias en la capital cubana, pero también en Miami, donde su hijo Lázaro — que hace años llegó como un balsero más y ahora vive como un gigoló — quiere venganza. En Cuba, mientras tanto, el teniente de policía Alain Bec, ya sin el apoyo del astuto viejo Álex Varga, investiga la misma muerte, aparentemente sin importancia, pero que puede estar vinculada a peligrosas organizaciones delictivas que constituyen un verdadero poder en la sombra. Y, como fondo, un viaje al pasado del viejo Edelmiro, que rememora las relaciones del Gobierno de Batista con la mafia y las nuevas formas que el crimen organizado les fue dando tras el triunfo de la revolución castrista.

Como el resto de las novelas de la saga, Los nudos invisibles es autoconclusiva y se puede disfrutar por separado. En las anteriores, existía el contrapeso entre Álex Varga —ese viejo que de alguna manera tanto se parece al Edelmiro muerto, cuyo crimen hay

que resolver, con sus recuerdos y experiencias de otra época y la supervivencia adquirida desde entonces, alcalde no oficial de una barriada popular, intermediario entre los distintos y susceptibles mecanismos del poder— y las pesquisas del policía Alain Bec, que se debate entre cumplir su misión y salvar su carrera, que no siempre son lo mismo.

En *Los nudos invisibles*, a Alain le toca indagar solo, porque Álex ya no está y resulta hasta simbólico que deba investigar la muerte de otro viejo, que representa el mismo tiempo y un periplo vital por momentos coincidente con el de su antiguo mentor en sus pesquisas en los bajos mundos habaneros.

Es esta una novela plagada de sensualidad, tropical y dura. Amir Valle, como siempre, narra desde distintos puntos de vista, pero con eficacia demoledora; el monólogo interior de cada personaje tiene rasgos definidos imposibles de confundir con los demás, aunque confluyen.

Llega un momento en el cual, mientras disfrutas de la investigación actual, paladeas de antemano el capítulo en que volvamos a conocer la juventud de Edelmiro, tiempos previos a la revolución, y también los que vinieron luego.

En cada una de sus novelas, y en especial las de esta saga, Valle ficcionaliza a partir de una investigación profunda, periodística, sin por ello perder su eficacia, y ese don que transporta al lector al punto de vista de cada personaje.

Los fanáticos de este autor agradecerán que vuelva a llevarlos infierno abajo.

Los que lo descubran hoy, querrán más.

Y, por suerte, Amir Valle tiene mucho más que dar.

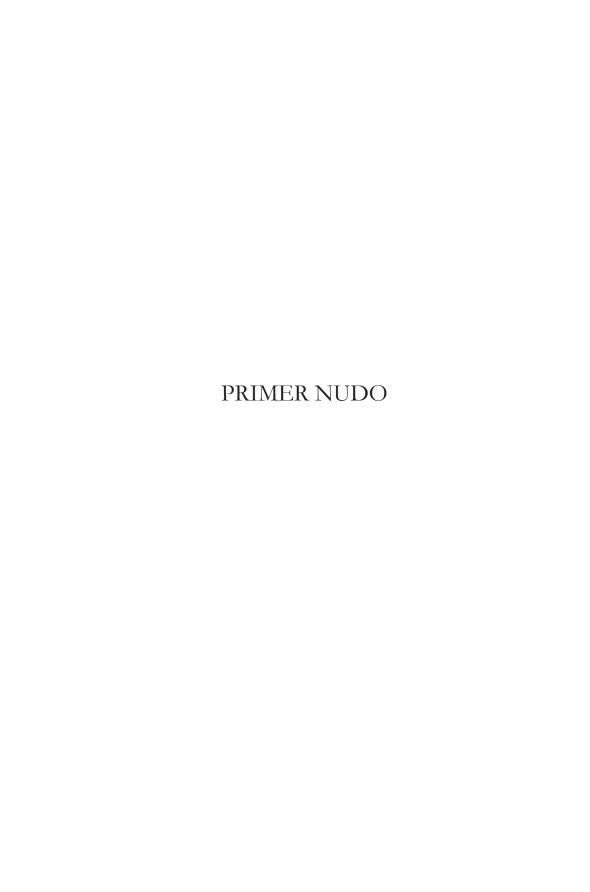
CARLOS SALEM

«Tengo la sospecha de que en tiempos de crisis ideológica la literatura se ha vuelto en un referente que tiene mayor profundidad analítica explicativa que los referentes tradicionales: la teoría política, el periodismo, la sociología. La literatura de alguna manera logra retratos, incluso la construcción de modelos, estereotipos y visiones más profundas de las que están logrando otras ciencias sociales».

PACO IGNACIO TAIBO II

«—Si discrepar de tantas cosas que se deciden y hacen en mi país, sin consultármelas, me convierte en enemigo, y el poder me trata como tal, ¿dónde queda mi soberanía personal? ¿Dónde está el respeto que el Estado me debe como ciudadano, ese mismo respeto que Cuba exige para sí a los demás países?».

León Viera Jaque Mate



La mierda se empozaba entre los muslos flacos y pellejudos del viejo. De nalgas hacia la puerta, bocabajo en el piso, desnudo y con los brazos abiertos en cruz, Delmiro Lacoste tenía la rara semejanza al cuero ennegrecido, viejo y reseco de una bestia muerta.

Hedía a muerte. Al rancio olor de la muerte. Una babaza pegajosa, incómoda, que se le metía siempre por la nariz, sin que pudiera evitarlo, desde aquella tarde, más de diez años atrás, en que tuvo que enfrentarse a esa porquería desechable en que la muerte violenta convertía a los hombres; un hedor que la seguiría a todas partes, por mucho que intentara desterrarlo, y que llegaría a enloquecerla y la tiraría de cabeza a esos días en que la rabia se le mezclaba con el ácido acumulado en todos los años que guardaban sus huesos y que la convertían en el centro de críticas de todo el solar: «Cojones, Agustina, ni se te puede mirar», dirían algunos.

Diez años atrás, bien lo recuerda. Aunque el cadáver de Nacho en nada se pareciera a ese Delmiro muerto que todavía observa desde la puerta del cuarto, tapándose la nariz para evitar las cuchilladas asqueantes del hedor, sin atinar siquiera a gritar: «¡Coño, se jodió Delmiro!», para que los demás la oyeran. Nada semejante. A Nacho el corazón se le partió en tres pedazos, según dijo el médico, y a Delmiro lo han matado, de eso no tiene dudas: puede ver el cuchillo. O la punta del cuchillo grande de pelar llamas que un marinero amigo le trajo de la pampa argentina y que Delmiro anduvo mostrándoles, orgulloso, a todos en el solar. Una punta afiladísima que ha roto el pellejo de la espalda

y seguro se nota más porque el cuerpo oprimió el mango que debieron clavarle justo en el pecho.

La sangre se ha mezclado con la mierda, con el orine; y aunque siempre se ha preguntado qué es primero: la sangre, el orine o la mierda, del mismo modo que alguien se preguntaría qué fue lo primero: el huevo o la gallina, percibe un idéntico hedor al de esas otras cinco muertes que sus ojos han presenciado en aquel tugurio desde esa madrugada de 1950 en que su padre y su madre llegaron de Placetas para ocupar el mismo cuartucho desvencijado y en ruinas donde ha vivido todos esos años.

—Cinco muertes, Augusta —se dice. Y descubre que otra vez se habla a sí misma como lo hacía su padre, con su verdadero nombre, y no con ese Agustina, simplón, aunque casi siempre cariñoso, con el que a ella se dirigen los vecinos.

¿Cuándo llegaría su hora? Tenía ochenta años y viviría unos cuantos, lo sabe. ¿Qué haría primero? ¿Se cagaría? ¿Se orinaría? «Una vergüenza, Augusta, como quiera, es una vergüenza», piensa, y una curiosidad morbosa la obliga a destaparse la nariz. A oler. Como si algo escondido, siniestro, en su cerebro le ordenara aprender ya ese hedor que también va a cubrirla alguna vez.

Respira profundo. Respira y se asquea. Se sujeta al marco y una ola hirviente, ácida, como la lava de un volcán, indetenible y asfixiante, le sube desde el estómago y la hace arquearse.

Vomita, amarillento y grumoso, todo el aliento de esa muerte que flotaba junto al cadáver de Delmiro y que ella ha tragado. Se limpia la boca con el dorso de su mano blanca y de dedos huesudos y arrugados, manchada solo por esos lunares de vieja que llevan años brotando en su piel, también ajada, y le da la espalda a la puerta del cuarto justo cuando se acercan los primeros vecinos.

—A Delmiro lo mataron —dice.

Le gusta el culo pecoso y celulítico de Dana Raul. «Has gozado como una yegua», le dice y la ve sonreír, adormilada, putona, satisfecha, con una sonrisa de bestezuela domada que nada tiene que ver con esa pose desafiante y altanera que le había visto allá, en Cuba, cuando la sacaban, siempre para hacerla talco, en los vídeos copiados de la CNN, durante las mesas redondas de la tele.

«Pero tiene cara de gozadora», pensaba entonces, imaginando que ese temperamento tan explosivo, esa irascible manera de casi comerse el micrófono mientras vociferaba insultos contra los castristas de la isla y del exilio, le daría un goce fabuloso, casi celestial, si en vez del negro micrófono utilizara su glande. «Es una locota», pensaba. Y la primera vez que la tuvo desnuda en una *suite* del Hotel Waldorf Towers, frente al mar, allí en Miami, ensartada durante casi una hora, hasta hacerla llorar, gritando como una mujer cualquiera, despojada de todas sus poses y sus guardaespaldas y su poder, se lo repitió en voz baja: «Es una gozadora, Lázaro, nunca te equivocas».

La ve removerse en la cama y volverse para abrazar la almohada, en un gesto aniñado, luego de taparse con la sábana, dejando fuera, sin querer, una de sus nalgas. Observa el nacimiento de los muslos, la curvatura sensual de la nalga que se pierde en ese lugar de la entrepierna que él ha torturado a pura fuerza de cadera, hundiendo en el vientre de la gobernadora eso que ella llamó, minutos antes, «tu lanzote africano». Hace frío en Nueva York. O no sabe. No logra precisar si ese frío que se le mete en el estómago, que

presiona con unos dedos helados justo sobre sus caderas, se debe a esa nieve lenta, sucia y monótona que cayó en la madrugada o al deseo que siente de convertir de nuevo «a esta cabrona» en una perra ruina, gozadora, que le saca los jugos y lo corona de pronto como el dueño del destino de todos los cubanos de la isla. Así lo ha dicho: «¿Quién me iba a decir que tendría a un negro cubano de amante?», para que él respondiera: «Un cubano, Dana, que eso de negro me suena a desprecio, y bien que gozas cuando la tienes hasta el cuello» y hacerla sonreír, domesticada, femenina.

—¿Sabes que cuando me haces eso te conviertes en el dueño del futuro en Cuba? —le escuchó decir y él sonrió, aunque, no sabe por qué, con tristeza, de nuevo con ese amargo sabor de la nostalgia metida entre su corazón y su sonrisa.

Ella le había hablado de Tudor City. Y allí estaban. «No puedo mostrarme en hoteles contigo, ¿lo entiendes?; es cuestión de imagen», le dijo cuando anunció que lo traería a Nueva York, que estaba harta de la complicación de tener que esconderse, escabullirse de las reuniones con los políticos de Miami, pasar horas oyendo sus rabias contra Castro sin atenderlos siquiera, solo pensando en el momento «en que esto —y le amasó el bulto bajo el calzoncillo— me lanzara a volar como un cohete de la NASA».

Estaba enamorada. Lo sabía. Lázaro se jactaba de ello ante sus socios del Biltmore Hotel y, en cuanto se vio alojado en aquel apartamento del residencial privado Tudor City, levantó el teléfono y llamó. «Biltmore Hotel», respondió una voz que intentaba ser americana del otro lado de la línea. «Oye, Jacinto, soy yo, comemierda», soltó y pudo oír cuando su amigo, otro cubano de los tantos que ocupaban trabajos de telefonistas y carpeteros en Miami, le susurraba a alguien cercano: «Coge la otra línea, Bárbaro, es Lazarito».

Hablaron un buen rato. Habían compartido casi todo desde que se conocieron en el Centro de Atención a Refugiados, apenas a unas pocas horas de que a él lo recogiera la policía costera mientras gritaba: «¡Fíjense, no me jodan, tengo los pies clavados en la arena!, ¡me tienen que dejar entrar!» y que a Jacinto y Bárbaro los rescatara

una avioneta guardafronteras en Cayo Marquesas. Salieron de allí convertidos en hermanos. Y durante un par de años, decidieron dividir el pago de un alquiler, las facturas mensuales para la comida que Jacinto, excelente cocinero, preparaba y siguen pensando que ese deseo de ayudarse, compartiéndolo todo, hasta los malos sueños que se contaban en las mañanas, fue la causa de que una tarde la suerte llegara y tocara en la puerta de aquel apartamentico de la Avenida 27, vestida de cartero la suerte y con cara de Ezequiel, otro latino al cual nadie le acababa de adivinar la nacionalidad porque el muy cabrón cambiaba de acento y mezclaba las palabras típicas de cualquier paisito de América: «Lazarito, ponete las pilas, hermano —dijo—, en el Biltmore están buscando negritos jóvenes que sepan pikingli». «¿Pinkingli, bróder? ¿Qué coño es eso, asere?», porque no había entendido ni un carajo. «Piki Ingle, cuate -contestó Ezequiel separando las palabras-, hablar en inglés, ché, ¿entendés ahora?».

Allí lo conoció Dana. Su trabajo era leer en inglés a algunas señoronas que iban a darse masajes al hotel. Casi siempre revistas. O libros. Novelones de amor de una tal Corín Tellado que también las viejas leían mucho en Cuba. Pura bazofia. Un día se dijo que buscaría un buen libro que las conmoviera, que les estirara las arrugas mejor que esas cremas y esos coloretes que usaban, que les recogiera del placer sus tetas pellejudas que ya andaban conversando con las rodillas; un libro que las haría soñar con jovencitos bonitos mil veces más que la Corín Tellado esa, pero desistió luego de buscar entre sus amigos, porque no podía darse el lujo de pagar por un libro aunque fuera para ganarse a una de aquellas momias adineradas: un libro de Vargas Vila en las librerías de Miami no bajaba de los veinte dólares.

Dana entró una tarde en un *shorcito* tan apretado que se le salían los dos cachetes de las nalgas. «Está buena la muy puta», se dijo, mirando primero que todo aquellas tetas paraditas y el triángulo grande que le marcaba el *short* entre los muslos. «Si su billetera está tan abultada como eso...», pensó, y al levantar los ojos hacia la

cara de la mujer, que acomodaba la toalla sobre la mesa de masaje, quedó tieso, casi una estatua: «Es la gobernadora, Lazarito», masculló, y ella logró escucharlo. «Sí, muchacho —contestó, mirándolo de la cabeza a los pies, con una cara donde Lázaro descubrió la lujuria—, soy Dana Raul, la gobernadora», terminó de decir.

Se propuso esmerarse en la lectura. Algo se lo decía: «Lúcete, Lazarito» y de golpe se le metieron en la cabeza los recuerdos de las clases de inglés que le dio en La Habana el gordo Daniel, traductor oficial del Instituto del Libro, y las formas en que le enseñó que debían pronunciarse las vocales y las frases, el modo de entonación adecuada; cosas que luego le serían útiles en aquellos años en que se ganó la vida proponiéndole a los turistas ron o música o tabaco, en un perfecto inglés, apenas con acento.

- —¿Dónde aprendiste inglés, muchacho? —le escuchó preguntar a la gobernadora mientras se colocaba la toalla alrededor del cuello.
 - —En La Habana —respondió, nervioso.
- —¡Ah!, cubanito el muchacho —dijo ella, y él sintió otra vez el dardo caliente de la lujuria.
- —Sí, cubano —logró decir, y no sabe por qué con un raro orgullo.

Ella se le acercó, retadora, mirándolo a los ojos, y él pudo sentir la mano de la mujer amasándole la portañuela del uniforme.

—Es verdad —le oyó decir, todavía tieso, sin atinar a nada, mientras la veía alejarse, sonriendo—. Puedo palpar bien cuando un cubano es de raza.

Varios meses después volvió a encontrarla, esta vez en una velada que hacían los miembros de la fundación en uno de los restaurantes del hotel. Todavía agradece a la Fundación Nacional Cubano Americana el cambio que dio su vida. De ciento ochenta grados. De tener que convencerse de la necesidad de pagar diez dólares por una rápida revolcada con las putas jamaiquinas más baratas y sucias al goce de unas cuantas horas en un buen hotel ensartando a una mujer ricachona y limpia como la gobernadora. De

estar rifándose con Jacinto y Bárbaro cada semana la única cama del apartamento que compartían a no saber qué hacer para que el tiempo no lo aplastara de aburrimiento en el apartamento que Dana le regaló en el barrio residencial Hollywood, allá, en Miami. De estar contando los dineros, centavo a centavo, para poder mandar cien dólares mensuales a su padre Delmiro en Centro Habana a la facilidad de poder enviar por la Western Union trescientos dólares cada vez que el viejo lo necesitara. De tener que caminar largas cuadras para ir al Hotel Biltmore donde trabajaba a montarse en su Audi del año y manejar hasta South Beach, su lugar preferido para tomar baños de sol y hundirse en las aguas de ese mar que también bañaba la Cuba de su nostalgia.

Supo que aquel nuevo encuentro sería decisivo. «Se lo vi a la muy puta en los ojos», le contaría a sus amigos días después. Y por eso no solo se dejó guiar hacia una habitación, luego de la seña que ella le hizo desde una de las mesas, segundos antes de anunciar: «Regreso en unos minutos, Lorenz», para recibir la sonrisa de ese mismo Dorian Lanz tan maldecido en Cuba. Tomó la iniciativa. Fue él quien le quitó la blusa, besándola, la empujó, semidesnuda, hacia la cama, y la penetró con un golpe de cintura que la hizo gritar: «¡Así no, animal!», «¡Así sí! —cortó él—, ¿no querías saber si yo era cubano?», para torpedearla larga y duramente hasta sentirla vaciarse y decir: «Ya, ya, muchacho».

«Nunca la habían clavado así», se dijo esa tarde, mientras la veía vestirse, arreglarse el peinado frente al espejo del baño, intentar plancharse el vestido con las manos, y todavía no puede explicar si fue el machismo o el simple placer de haberla hecho gozar como nunca o la alegría de haber cumplido el sueño que tenía en Cuba de revolcarse con la flamante gobernadora que veía en la pantalla de la tele lo que le hizo hervir la sangre cuando ella sacó tres billetes de cien dólares y los tiró sobre la cama.

Le soltó una galleta que la tiró al piso, cerca de la chimenea. Ella abrió los ojos, asustada, con una mano en la cara, llorosa como cualquier mujer, y él pensó en apenas segundos que toda su vida se

había ido a la mierda con aquel golpe. Pero no dejó de gritarle. Tenía que soltar esas palabras que daban vueltas en su cabeza, aunque fuera solo por orgullo.

—No soy una prostituta —gritó al fin.

Y le pasó por el lado, abrió la puerta y la tiró a sus espaldas. Vino a darse cuenta de sus actos cuando estuvo en la carpeta y la ya normal sonrisa de grandes dientes de Bárbaro lo sacó de aquel marasmo: «Te ves cansado, fiera, ¿en qué coño andabas?».

Mas allí la tiene. No imaginó que regresaría. Pero regresó. Lo mandó a buscar esa misma noche con un chofer que debía ser de toda su confianza, quizás alguien con quien ya se había cansado de revolcarse, porque el hombre le dijo: «La señora Dana quiere verlo», así, secamente, como una orden, y aunque se pasó todo el camino despidiéndose del mundo y hasta rezó algo semejante a lo que creía un padrenuestro por su alma, fue recibido en el Hotel Waldorf Towers como un cliente importante, conducido por un botones hacia la habitación del tercer piso donde ella lo esperaba, ya desnuda: «Si no lo haces por dinero —la escuchó decir—, entonces hazme el amor». Y se lo hizo.

Igual que hace un rato, volcándola a todas las posiciones prohibidas por el pragmatismo sexual de un macho yanqui, «aburridos y egoístas», como decía Marcela, una empresaria mexicana que se acostaba con él de vez en cuando, «para recordar lo que es un macho latino», le susurraba mientras lo hacían. O como todos esos días de frío en que la ha visto llegar al apartamento, quizás buscando ese calor que le falta a la ciudad allá afuera, o quizás para aliviar la tensión de estar «guerreando con esos hijoeputas que quieren que gane el estúpido de turno», había dicho ella, no recuerda, el segundo o el tercero de los días, bocarriba en la cama, sin poderse levantar luego de una de las más largas revolcadas que se habían dado desde que se conocían.

Necesitaba uno de esos extras. Lanzarla con una buena ensartada más allá de la estación espacial MIR de los rusos, si es que todavía existía. Convencerla de que debía hacer lo que él quisiera,

lo que él le pidiera, si quería conservar a aquel machito cubano que le vaciaba los jugos como ningún hombre lo había hecho jamás. Cuestión de vida o muerte. La llamada de su hermano Fabricio desde Cuba lo traía confundido.

- —Se nos partió el viejo, mi herma —dijo su voz del otro lado del mar. Y no quiso creerlo.
 - —¡Qué mierda tú hablas, Fabricio! —soltó.
- —¡Que nos mataron al viejo, coño! —gritó entonces su hermano, y luego de un silencio inicial, largo, lloroso, y de intercambiar frases, palabras, exabruptos que ya ni recuerda de tanta confusión, pudo escuchar algo que alguien le había dicho a Fabricio.
 - -Eso es un disparate, Fabricio. ¿De dónde coño sacas eso?
- —Por eso te llamo, Lázaro —y su voz era ya más calmada, aunque todavía gangosa por el llanto—. Tú sabes que Haroldo no es chismoso. Y él jura por sus hijos que esa orden vino de allá, de los maricones de la mafia cubana de Miami.

Si era cierto, Dana era la llave. Y él lo averiguaría. Si era verdad que la orden de matar al viejo había salido de los mismísimos jerarcas cubanoamericanos que decían luchar contra lo que llamaban «la dictadura castrista», como le juraba Haroldo, a quien en verdad nunca nadie había oído mentir, él daría con el culpable. Aunque tuviera que convertirse en el magíster de los folladores, en el Bill Gates de la Folladera, en el más grande de todos los asesinos vaciadores de mujeres: *Jack el Gran Follador*. Aunque tuviera que partir en dos, a rabazo limpio, a esa gobernadora desnuda que ahora dormía plácidamente en la cama.

La Mora se sienta desnuda frente a ti, sobre la sábana blanca que acaba de estirar. «Siéntate aquí», dice, y da unos golpecitos sobre el espacio de la cama que le queda delante, aunque tú, en la semipenumbra de la bombilla rosada que ilumina la habitación desde la mesita de noche en una esquina, distingas solamente la silueta fugaz de su mano: tus ojos no ven otra cosa que esa caverna oscura entre los muslos regios de la muchacha, de vellos revueltos y negrísimos, que se posa sobre la sábana y mancha su blancura inmaculada con esa humedad dulzona que sale de su vientre y cuyo olor estridente, pegajoso, comienza a flotar sobre ustedes. Te gusta hundirte allí y se lo has dicho muchas veces: «Me gusta estar aquí dentro», mientras abres con tus dedos la caverna y lames lentamente y con suavidad el clítoris, haciéndola serpear como una víbora, sisear en voz baja alguna cosa.

—¡Concéntrate, Miro! —pide, y levantas la mirada de su pubis hasta sus ojos.

Son hermosos sus ojos. Siempre de animal indefenso. Y la mirada, también desvalida, sigue siendo igual a esa otra que te hizo preferirla entre las puticas jóvenes que trajo una noche *Mano Suave* de uno de sus viajes de búsqueda a los campos de Camagüey. Era linda la guajira. Se llamaba Gina. Y sus ojos verdes, esos que ahora te miran por unos segundos antes de regresar a lo que dicen las cartas que va tirando sobre la cama, contrastaban con el color oscuro de su piel. «Es lindísima esta mora», pensaste, y algo te hizo saber que ese sería el nombre con el cual la tendrían que conocer los hombres en el burdel Las Flores de Luz.

—¿Qué dice esa mierda? —y también miras las cartas.

El pelo, que se soltó como siempre que hacen el amor, «porque sé que te gusta sentirlo revuelto, Miro», ha dicho ella también muchas veces, le ha caído sobre los hombros desnudos y un mechón apenas le cubre la areola derecha, violácea, todavía erizada, cuando inclina el cuerpo adelante para concentrarse en el sentido oculto de esas cartas.

- —Tienes un camino oscuro, Miro —masculla.
- —Eso dicen todas ustedes. Mora..., al grano, que ya te dije que no creo en estas mierdas...
- —Un camino oscuro —te interrumpe y asiente, mordiéndose los labios. El pelo se le ha removido como una mantarraya moribunda que intenta sacudirse la arena del fondo adonde va a morirse—. ¿Y sabes qué es lo peor?